

LEONARDO DE LA TORRE ÁVILA*

VOLVERÉ PARA REGAR EL CAMPO

FAMILIAS TRANSNACIONALES Y PRODUCTORAS DEL VALLE ALTO COCHABAMBINO

LA CHEQANCHADA: INTRODUCCIÓN

En Virginia, Estados Unidos, al interior de un bosque que esconde un parque público organizado para las comodidades del estilo de vida norteamericano, se desarrollan las extensas jornadas dominicales de un campeonato de trabajadores bolivianos, originarios, concretamente, del Valle Alto cochabambino. El parque, que también cobija a los campeonatos invisibles de migrantes de El Salvador y algunas naciones africanas, ofrece canchas, pistas de atletismo, juegos para niños, kioscos, restaurantes, áreas de servicios y parqueo. Para llegar de un sitio a otro, salvadoreños, liberianos y norteamericanos utilizan las vías adecuadas, ilustradas con señales, mapas e indicaciones. Los bolivianos, por su parte, han diseñado una intrincada telaraña de sen-

* Licenciado en Sociología y Ciencias de la Comunicación Social, Premio Latinoamericano de Investigación en Comunicación Social, nivel Licenciatura (FELAFACS) y Premio Nacional de Periodismo para el Desarrollo Humano. *No llores, prenda, pronto volveré: migración, movilidad social, herida familiar y desarrollo* fue su primer libro. También publicó *La cheqanchada: caminos y sendas de desarrollo en los municipios migrantes de Arbieta y Toco*, en co-autoría con Yolanda Alfaro Aramayo y co-dirigió la película documental *Un día más: ¿cuánto esperarías antes de volver?*, junto a Sergio Estrada López.

deros propios, entre arroyos, matorrales y prados. “¿No deberíamos seguir las indicaciones?” preguntamos un poco atemorizados por las llamadas de atención, por las multas. “Vamos nomás por la *cheqanchada*”, respondió uno de nuestros guías, antes de agregar: “Nosotros siempre encontramos nuestro camino”.

Las *cheqanchadas*¹ son sendas o atajos que permiten al caminante evitar las curvas y llegar antes a donde quiere o necesita llegar. La noción viene a cuento como metáfora cuando nos corresponde, precisamente, analizar los caminos propios en cuyo seguimiento una comunidad migrante particular describe su trayectoria y, a la vez, su forma de migrar. La pregunta de fondo es la de saber si los caminos de la migración transnacional (desde zonas rurales bolivianas hacia la Argentina, Estados Unidos de Norteamérica, España, etc.) conducen indefectiblemente al alejamiento del lugar de origen o a un creativo entramado de procesos que incluye diversas modalidades de participación en la comarca aparentemente abandonada.

La *cheqanchada* evoca, en primer lugar, eficiencia o viveza (criolla), ya que permite el ahorro de tiempo en un desplazamiento. Los caminantes, viajeros o migrantes, tal cual se demostrará en este breve artículo, deciden enfrentar aquellos largos años de trabajo que se deben esperar antes de tener, por ejemplo, una casa propia, acudiendo a la alternativa niveladora de la migración transnacional. Geneviève Cortes presenta, de hecho, a la migración como un instrumento de adaptación a las necesidades de la modernidad al que el originario de las zonas rurales cochabambinas acude sin una intención directa de abandono de la identidad de campesino (Cortes, 2004). Las *cheqanchadas* no llevan necesariamente a otro lugar, sino al que se planteó inicialmente como destino. Las *cheqanchadas* también devuelven al

1 En quechua, *cheqan* es un concepto que se traduce al castellano como *recto*, derecho, que está en línea recta (Grondin, 1971; Herrero y Sánchez de Lozada, 83). Con esta noción están relacionados los verbos *cheqanchay* (abreviar camino tomando un atajo; enderezar, arreglar o corregir algo o, incluso, encaminar a alguien hacia un camino de rectitud moral) y *cheqankapuy* (hacerse un camino provechoso, a veces indebidamente, a través de un terreno que no es propio) (Id). El sustantivo devenido de estas acciones es *cheqanchana*, palabra que, al llevar el sufijo “na” –“una forma que, añadida a un radical verbal, tiene un matiz imperativo que involucra en la acción a su interlocutor o interlocutores” (Id.)–, también se constituye en oración que obliga, o invita, a un interlocutor a recorrer un atajo.

En quechua no existen fonemas con la letra “d”, salvo aquellos prestados del castellano. *Cheqanchada*, una forma castellanizada de la palabra quechua *cheqanchana*, es muy utilizada en declaraciones ligeras o jocosas, tanto en el Valle Alto como en los espacios urbanos cochabambinos. En su versión castellanizada, la palabra pierde, además, su matiz imperativo hacia un interlocutor. Ésta parece ser, por lo tanto, la forma de la palabra que, a medio camino entre el quechua y el castellano, define precisamente a la senda o al atajo como sustantivo concreto y también abstracto.

camino central después de haberse ahorrado tiempo pero –como se verá a continuación– no sacrificios.

La orientación inicial de este trabajo se debe a una investigación anterior que, bajo el título de *No llores prenda, pronto volveré*, se desarrolló en la misma región para descubrir procesos de movilidad social en la aventura migrante. Tiempo después, y bajo la intuición inicial de que la inversión productiva es una de esas modalidades de participación que hacen presentes en sus comunidades de origen a los ausentes, la pesquisa nos llevó hacia el objetivo central del trabajo que ahora presentamos: *Analizar la importancia del fenómeno migratorio transnacional en la reducción de la pobreza y el mejoramiento de la calidad de vida, a través de su influencia en procesos productivos no tradicionales que, en los últimos quince años, vienen desarrollando familias de la Tercera Sección de la provincia Estaban Arze del Departamento de Cochabamba, Bolivia*. La hipótesis que abrió el camino metodológico para esta búsqueda vinculó, desde un primer momento, ambos fenómenos de una manera más o menos directa.

El durazno protagoniza esa actividad productiva no tradicional; así fue que con familias participantes en redes sociales de migración transnacional, por un lado, y con familias productoras de durazno, por el otro, desplegamos la fase empírica de nuestra estrategia metodológica, principalmente estructurada en técnicas cualitativas. Debemos recalcar que el universo de familias no se compuso por migrantes y productoras, como grupos separados; sino que –en proporciones y maneras que aquí precisamente se describe– se planeó encontrar en ese universo a familias que vivieran ambas dinámicas.

Para llegar a los informantes de las llamadas *familias migrantes* aplicamos las técnicas de acercamiento por relaciones y redes de confianza. Respecto a las familias productoras –éstas sí empadronadas, asociadas y organizadas en zonas de riego, de acuerdo a los datos de un registro que pudimos actualizar con un alto nivel de confianza–, sí fue posible la aplicación de técnicas cuantitativas de muestreo, mediante el uso de una fórmula para la determinación del tamaño de una muestra estratificada proporcional². Es así que de un total de 334

2 La determinación de la muestra de entrevistas corresponde, tal como señalamos en la introducción de este informe, a la identificación de una unidad de análisis compuesta tanto por familias migrantes transnacionales como por familias productoras de durazno. Para acceder a las familias migrantes se procedió de acuerdo a un sistema de relación con redes de confianza. Las 23 entrevistas realizadas en este campo fueron posibles gracias al apoyo de familias específicas que nos permitieron una posición privilegiada para contactar a migrantes internacionales y, sobre todo, lograr que esas entrevistas sean realmente productivas, en función a la libertad de palabra que otorgaba una presentación amistosa del tipo: “No te preocupes, conocido ya es” (Claudio Castellón, 2005).

huertas de durazno registradas en la región, terminamos entrevistando en profundidad a 26 familias, proporcionalmente distribuidas en nueve grandes zonas de producción y riego; a saber: Achamoco (incluye a Liquina), Aranjuez, Arbieto (incluye a Korymayu), La Loma, Mamanaca (incluye a Flores Rancho), Santa Rosa, Tiataco, Villa Mercedes y Villa Verde. Junto a dichas entrevistas, llevamos adelante otras con migrantes bolivianos de colectividades diversas y expertos en el tema, elevando el número total de entrevistas a 49, sostenidas en 32 visitas a la región que pudimos realizar entre noviembre de 2004 y septiembre de 2005.

La revisión documental, como técnica de apoyo transversal a lo largo de nuestra experiencia en el tema, nos demuestra que el fenómeno de la migración transnacional apenas se investiga en nuestro país. Buena parte del material existente se limita a notas periodísticas que condenan a la migración en tanto fenómeno de grandes pérdidas. Como estas páginas pretenden demostrar, el asunto es más complejo, y no necesariamente para mal. Hace falta, por ejemplo, un conocimiento desdramatizado que describa a la migración ya no como un situación excepcional y circunstancial en la vida de algunas personas, sino como una forma de existencia a la que millones de personas aferran día a día sus proyectos biográficos en el nuevo orden mundial (Pries, 1999).

Para acceder a las familias productoras se contó con el excelente registro de Israel Alconz Canqui (UMSS y PADER-COSUDE) y las oportunas correcciones de Abdón Linares, secretario de ASPAVAL. Sobre ese registro de 334 familias productoras cuyas huertas se agrupaban en 13 grandes áreas, que decidimos reagrupar en un total de nueve conglomerados coincidentes con las áreas de riego. Sólo entonces se pudo encontrar una muestra estratificada proporcional de acuerdo a la siguiente fórmula:

$$n = \frac{K^2 NS^2}{K^2 S^2 + N E^2}$$

Donde n = Tamaño de la muestra total, K =(1.96) Coeficiente del nivel de confianza al 95%; E = (90) Margen de error en términos absolutos (respecto a “cantidad de plantas de cada familia productora”, variable en función a la cual calculamos la varianza); S² = (57245.86) Varianza total de la población, en función a la variable “cantidad de plantas de cada familia productora”. y N= (334) Número total de familias productoras de la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze.

Aplicando la fórmula, se obtuvo n=25,11, por lo que se decidió realizar 26 entrevistas complementarias, a distribuirse en los distintos conglomerados de acuerdo a la población de huertas por zona de riego. De este modo se determinó realizar 4 entrevistas en Achamoco (incluye a Liquina), 1 en Aranjuez, 4 en Arbieto (incluye a Korymayu), 3 en La Loma, 2 en Mamanaca (incluye a Flores Rancho), 3 en Santa Rosa, 4 en Tiataco, 2 en Villa Mercedes y 3 en Villa Verde. Debemos buena parte de esta estrategia de muestreo a un proceso de consulta interdisciplinaria patrocinado por el IESE con el Ing. Roberto Manchego, jefe de la Carrera de Ingeniería Electrónica de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS) y docente de Estadística. Sus instrucciones supieron ilustrarnos sobre los contenidos del libro de Stephen Shao que incluimos en la bibliografía.

Los nuevos migrantes no despliegan sus prácticas en un solo lugar, sino en un espacio *plurilocal* y transnacional. Al brindar la atención necesaria hacia las condiciones generales que legitiman el discurso migratorio en las regiones de procedencia de los viajeros, pretendemos colaborar para el surgimiento de una visión longitudinal y teórica apenas naciente en la sociología boliviana. En cuanto a nuestro interés particular, aspiramos sinceramente a que este estudio permita que otras investigaciones académicas sobre la migración y su impacto en el desarrollo local puedan ser luego encaradas con más recursos de conocimiento sobre las características que hacen entorno a la decisión y la práctica de migrar.

HISTORIA DE UNA COMUNIDAD MIGRANTE

“Creo que hemos nacido para migrar”, nos dijo don Diógenes Escobar cuando le preguntamos cómo había surgido en él y en los suyos el deseo de vivir fuera del país. “Casi es una obligación para nosotros”, agregó Primitivo Sánchez, hablándonos del primero de sus muchos viajes. Por lo general, las respuestas que recogimos para la pregunta sobre las múltiples motivaciones de la aventura migrante oscilaron entre la necesidad de lograr mejores condiciones laborales, vinculada al deber, y la intención de realización personal, vinculada a la esperanza.

Sobre la base de las nociones de *lealtad* y *partida* trabajadas por Hirschman, Arjun Appadurai indica que los movimientos migratorios pueden ser clasificados como diásporas del terror, de la desesperación o de la esperanza (Appadurai, 2001). Al momento de analizar los resultados obtenidos en la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze³ y descartando el móvil del terror –relativo a crisis políticas o bélicas–, podemos advertir que, para la mayoría, las dos restantes razones empiezan a parecerse a una sola: diásporas de la desesperación se convierten en diásporas de la esperanza y, tras una repetición generacional, en diásporas de la *tradición*. La persistencia de ciertas lógicas refuerza la reproducción de prácticas sobre las cuales se sostiene la tradición migrante de la región.

3 De acuerdo al Censo Nacional de Población y Vivienda 2001, la provincia Esteban Arze, que alberga a los municipios de Tarata (Primera Sección), Villa Anzaldo (Segunda Sección) y Arbieto (Tercera Sección), suma una población total de 31.997 habitantes. La Tercera Sección –escogida por la delimitación geográfica de nuestro estudio– reúne 9.438 habitantes. La región, ubicada en la Cordillera de Cochabamba y dotada de un clima templado de subpuna y de vegetación de estepa alta y de praderas de alta montaña, forma parte del Valle Alto cochabambino, zona que aglomera hoy en día a varios municipios urbanizados de calidad de vida media que se caracterizan por la histórica y contemporánea participación de sus familias en dinámicas migratorias transnacionales.

Pese a que algunas veces verdaderamente se hace camino al andar, por lo general, las *cheqanchadas* no se inventan, se conocen. Para llegar de un sitio a otro por *cheqanchada* antes se debe haber confirmado, al menos desde la experiencia de otro, dónde está la senda y cuáles son las mejores maneras de recorrerla. Las *cheqanchadas* son históricas y comunitarias y también lo es, del otro lado de la metáfora, el hecho migratorio. En los valles interandinos la migración ha sido un fenómeno social, cultural y económico invariablemente presente a lo largo de la historia.

Las culturas ancestrales del altiplano, que tiempo después se unificarían en el espacio aymara y luego se anexarían al incario, contaban con migrantes regulares que tenían la misión de viajar a las tierras bajas para traer alimentos que no se producían en las alturas. “Conocidos con el nombre de *mitimaqkuna*, [o *mitimaes*] eran el lazo vital que unía la economía interregional y multiecológica, tan crucial para las poblaciones nucleares altiplánicas” (Klein, 1997: 33). De este modo, los sistemas de migración ya integraban la lógica de subsistencia de las primeras culturas organizadas de las que se tiene noticia en nuestra historia precolombina.

Si bien la herencia *mitimae* no puede más que leerse como un hito que subsiste en tanto ideal (Murra, 1987)⁴, la historia de la formación y la movilidad social en los valles cochabambinos nos entrega sólidos antecedentes mucho menos discutibles en el afán de explicar por qué los cochabambinos viajan fuera de Bolivia más que los representantes de los otros departamentos del país. Ese antecedente es el de los pequeños propietarios de tierras que, en la alta colonia y en la época republicana inicial, como productores independientes de trigo, maíz y chicha, lograron acceder a situaciones preferenciales en los mercados y en los espacios simbólicos regidos por los hacendados. De este modo, se habría establecido un grupo de campesinos más preparados para los futuros procesos de movilidad social que los campesi-

4 Según Xavier Albó, citado por Martha Giorgis (2004), el campesino quechua y aymara, que desde siempre ha sido un gran caminante, sigue aplicando en cierta manera el esquema de ocupación del espacio descrito, ya que son frecuentes sus viajes periódicos hacia regiones de yungas y valles, donde no es extraño que mantenga parcelas en forma complementaria. Como veremos a lo largo de este informe, esas prácticas guardan semejanzas claras con la vivencia de los procesos migratorios internos (hacia el trópico y las tierras bajas bolivianas) y externos. De hecho, el reciente estudio de Martha Giorgis sobre la celebración de una fiesta religiosa de la colectividad boliviana en Córdoba, Argentina, demuestra que los migrantes definen como *entradas* y *salidas* sus frecuentes desplazamientos entre ambos países. El espacio social parecería integrarse uniendo los polos transnacionales de nichos laborales y comunidades de sentimiento capaces de ser descritos por la jerga del histórico trabajo de explotación minera.

nos desposeídos de otras regiones del país (Gordillo y Garrido, 2005; Larson, 2000). Para haber accedido al poder económico y simbólico que le permitió semejantes conquistas, impensables en otros contextos del espacio andino, los pequeños productores de los valles cochabambinos desplegaron una capacidad que Steve J. Sterne denominó “adaptación en la resistencia” (citado en Larson, 2000). Como han propuesto las investigaciones citadas, esa noción no se ha abandonado del todo como sello característico de las prácticas cotidianas de los originarios del Valle Alto cochabambino residentes en el exterior.

En las primeras décadas del siglo XX, mucho antes de la Revolución Nacional cuya medida de reforma agraria entregaría la propiedad mayoritaria de la tierra a los campesinos, el municipio estudiado ya contaba con migrantes laborales estacionarios fuera del país. “Los que se fueron a trabajar en las salitreras chilenas fueron los primeros en migrar. Los contrataban por el lado de Mejillones, Tocopilla [...] todo eso que antes era nuestro” (Amurrio, 2005). En la memoria de este informante y en la de otros adultos mayores del municipio puede verse a los chicos que se sentaban a admirar a esos viajeros. Según recuerdan, fueron los primeros en traer arroz, fideos y otros productos que no acostumbraban comer las familias de la región. “Ellos también empezaron a hablar más en castellano a la hora del *muckeo*⁵, después del atardecer” (Idem, 2005).

A continuación, la imantación laboral que atrajo a esos trabajadores fue la de las minas potosinas, durante el auge del estaño. Muchos de los entrevistados que hoy residen en Estados Unidos nacieron en Potosí durante el período 1940-1960, y todavía algunos de ellos asisten a las reuniones del sindicato de riego portando sus viejos cascos de exploración minera. Los partidos del campeonato de fútbol, que más adelante describiremos como una de las modalidades centrales de participación de los migrantes en el desarrollo de su pueblo, se juegan en la llamada “cancha del minerito”, ya que esta instalación fue habilitada gracias a los aportes de aquellos migrantes.

A partir de fines de la década del cincuenta, los viajes se dirigieron hacia la Argentina, iniciando procesos de residencia temporal que para muchas familias continúan hasta la fecha. Los que lograron establecerse en buenas condiciones laborales en ese país reunieron sumas inéditas que tiempo después animarían el mercado de tierras en la región. Todos los entrevistados que vivieron allá describieron una villa que podía considerarse un “pequeño Arbieto” en Barrancas

5 La preparación artesanal de chicha pasa por el *muckeo*, momento en el que las familias, y especialmente las mujeres, mastican porciones de harina de maíz para acelerar la fermentación.

de Belgrano, Buenos Aires. Mencionaron al menos nueve almacenes de arbieteños y muchas casas humildes de zinc, en las que la comunidad de Arbieta se reunía después del trabajo. “Todo eso lo barrieron el '78 para dar buena cara a la ciudad para el mundial de fútbol” (Id.).

El siguiente desplazamiento digno de mención es el que muchas familias arbieteñas emprendieron hacia Venezuela, durante la principal etapa de la explotación petrolera. Don Marcelino Becerra, por citar uno entre tantos, migró a ese país cuando se enteró del llamamiento a trabajadores. Lo hizo por tierra, en una semana de viaje desde la Argentina. La mayoría de las familias de la región permaneció en Venezuela entre cinco y siete años, siendo frecuentes los envíos de dinero para fines familiares y solidarios en su pueblo.

Los Estados Unidos de Norteamérica se presentaron como el destino de la principal y más vigente diáspora laboral de las familias señaladas. Aunque muchos trabajadores de la región migraron desde su tierra de origen a través de conductos ilegales por Guatemala y México bajo la coordinación de *coyotes*, otros tantos emprendieron viaje directamente desde Argentina (donde los más jóvenes ya habían nacido) y Venezuela, aprovechando la ausencia de restricciones de visado de ingreso al Estado Unidos para ciudadanos argentinos y la relativa proximidad, respectivamente. En Arlington, Virginia y en Miami, Florida, como veremos a lo largo del presente documento, se encuentran las colectividades más importantes de migrantes laborales originarios de la región. Si bien es cierto que se registraron esporádicas incursiones de contados trabajadores hacia ese país en la década del setenta, la mayor cantidad de migrantes logró ese ansiado ingreso entre 1985 y 2000.

Durante la década del ochenta, aproximadamente 60 arbieteños llegaron a vivir en una sola casa alquilada bajo un estrategia solidaria que recibió el nombre de “el cuartel”. Ese sistema, que posibilitaba al recién llegado contar con apoyo hasta encontrarse en condiciones de pagar establecimiento propio, también se desplegó en incursiones migratorias hacia Israel (algunos arbieteños poseen documentos de identidad que señalan que nacieron en el “Monte de los Olivos”), Japón y España, país que junto a Inglaterra, Suiza e Italia, se ha perfilado como destino principal de los nuevos migrantes bolivianos.

Escena narrativa 1

Unos cuantos niños de guardapolvo blanco pasaron correteando al salir de su escuela. “Nuestros pueblos ya sólo son para chicos y viejos”, me dijo Adriana S., arbieteña residente en Virginia. Encontramos abierta la puerta de una pequeña tienda y llamamos para ver si teníamos la suerte de conversar con alguien. Salió un señor mayor muy elegante, que se aproximó para darnos la mano, mientras su señora lo observaba

todo desde atrás de los estantes del pan. Nuestra conversación terminó por llevarnos al tema.

—*Buenos días, venimos de la Universidad para un estudio sobre las familias que tienen a sus hijos fuera del país.*

—*Esta casa, por ejemplo, respondió don Paulino Vargas O., antes de presentarse.*

—*Mire qué suerte la nuestra. El estudio apenas comienza.*

—*Joven, si luego quiere ir a los Estados Unidos para ver eso de cerca, infórmenme porque allá mis hijos pueden recogerlo del aeropuerto con sus autos. Viven en Maryland.*

—*Muchas gracias. Lo más importante del estudio es conversar con ustedes. Lo que se quiere ver es al pueblo y a las familias sin sus hijos...*

—*Eso es lo que llega hasta el alma -dijo él, después de un silencio que no nos atrevimos a cortar. Pudimos notar que don Paulino empezaba a llorar-. Sólo los hijos de los diputados y los senadores pueden hacer algo. Para los demás, hijos de proletarios, es imposible.*

—*En vano se queman las pestañas estudiando -agregó desde atrás su esposa, mientras caminaba hacia don Paulino para ayudarlo a sostenerse- Este país no da nada.*

(Arbieto-Tarata, 20 de agosto de 2002)

UNO DE CADA CINCO, UNO DE CADA CUATRO...

Todos los estudios consultados con la intención de determinar la cantidad actual de los migrantes transnacionales bolivianos coinciden en señalar la imposibilidad de un cálculo de seguridad plena. Como indica Hinojosa (2004), las cifras registradas en Cancillería en base a saldos aeroportuarios y fronterizos son generalmente limitadas ya que no iluminan sobre la ilegalidad, característica indiscutible de la condición de muchos bolivianos en el extranjero. De acuerdo a censos oficiales, 250.000 bolivianos vivían fuera del país en 1976 y en 1992 la cantidad apenas bordeaba los 380.000. Sin embargo, y siendo el tratamiento del tema tradicionalmente reservado en la esfera gubernamental, un sorpresivo informe del Servicio Nacional de Migración de finales de agosto de 2004 elevó la cifra oficial de bolivianos fuera de Bolivia a 1.366.821. De acuerdo al último Censo Nacional de Población y Vivienda, el de 2001, la población radicada en Bolivia asciende a 8.274.325 habitantes. En ese caso, y sólo en función a cifras oficiales, 14,18% de los bolivianos no viviría en Bolivia.

Ahora bien, a partir de las estimaciones moderadas de la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) y la División de Población de las Naciones Unidas, que plantean que había 175 millones de migrantes transnacionales en el mundo durante el año 2004, y tomando en cuenta todos los destinos de la aventura migrante, puede establecerse que entre un millón y medio y dos millones de bolivianos vivían ese año en el extranjero (Hinojosa, 2004). Sobre la

base de estas cifras, que consideran la importancia de los llamados “flujos clandestinos” (Cortes, 2004), los nuevos cálculos indicarían que 19,4% de los nacidos en Bolivia no radica en el país. En ese sentido también puede recordarse que, de acuerdo a datos del último censo, 18% de las madres encuestadas tiene a uno o más de sus hijos viviendo en el extranjero⁶.

Al tiempo de la publicación de este resumen, la estimación de la cantidad de bolivianas y bolivianos por el mundo no ha hecho más que subir en función a los parámetros que se contemplaban en el período 2004-2005. Si hasta hace poco podía indicarse que uno de cada cinco bolivianos no vivía en Bolivia, ahora la proporción que mejor se adecua a describir esta realidad sería la “uno de cada cuatro”. Como puede verse, la cifra estimada de migrantes bolivianos en distintos destinos habría superado la de los dos millones y medio (Hinojosa, 2006).

No es en las cifras sino en la dinámica de los fenómenos sociales donde se puede priorizar el análisis. Dos importantes características deben mencionarse a tiempo de describir la actual migración transnacional boliviana: su organización en torno a la búsqueda laboral y la integración que el fenómeno pareciera determinar entre lo rural comunitario, lo nacional –urbano y rural– y lo transnacional. Siempre según Hinojosa, el hecho migratorio boliviano coincide con la marginalización económica del sector agrícola tradicional. Ante una crisis rural ya trasformada en un malestar duradero, la partida parece presentarse como un elemento constitutivo de una *nueva ruralidad* (2004). Es necesario recalcar que las familias que permanecen ligadas, en mayor o menor grado, a los espacios rurales son las más afectadas por la pobreza crónica como principal causa de un exilio económico. En la obra ya citada, Hinojosa nos recuerda que 217 de los 314 municipios del país son expulsos de población. Mientras las condiciones estructurales no cambien, miles de trabajadores bolivianos seguirán emprendiendo marcha hacia nichos laborales ubicados en regiones más desarrolladas.

Frente a la imagen de la migración como exilio económico, en Bolivia empieza a hacerse frecuente la presentación de optimistas lecturas sobre el impacto de las remesas que reciben los familiares de nuestros migrantes. Según un estudio encargado por el Fondo Multilateral de Inversiones del Banco Interamericano de Desarrollo (FO-

6 Cortes llama la atención sobre el modo en que los censos bolivianos subestiman el número de migrantes transnacionales bolivianos, ya que estos instrumentos consideran únicamente a mujeres que declaran tener uno o más hijos en el exterior y, por lo tanto, son incapaces de dar cuenta de los migrantes cuya madre ha fallecido o reside también fuera de Bolivia, entre otras limitaciones (1998).

MIN-BID) a Bendixen & Asociados y presentado en octubre de 2005, 55% de las remesas familiares bolivianas se destina a inversiones que van desde la educación hasta la compra de propiedades, pasando por ahorros y activación de negocios. El porcentaje de inversión de las remesas bolivianas es considerablemente mayor al que registran otras economías, aun tomando en cuenta a países en los que la participación poblacional en el fenómeno es mayor; entre ellos, El Salvador y República Dominicana, donde los índices de inversión de las remesas alcanzan apenas 16% y 40%, respectivamente. En Bolivia, el impacto de estos envíos es aún más importante cuando se analiza su importancia relativa en los indicadores económicos. Bendixen señala que 11% de la población adulta boliviana recibe (a un promedio de 165 dólares americanos, ocho veces al año) el total anual estimado de 860 millones de dólares, una cantidad equivalente 38% del total de las exportaciones en 2004, según datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística (INE).

Siguiendo el hilo de una discusión que la autora Olga González propuso para el caso colombiano, puede asegurarse que la “óptica utilitarista” de las remesas soslaya muchas “preguntas incómodas” sobre la realidad de las familias migrantes transnacionales (2005). Es definitiva la necesidad de este debate y no se eludirá su tratamiento; sin embargo, en este apartado de marco referencial puede mencionarse que la investigación intentó integrar el análisis del impacto de las remesas en la vida familiar y comunitaria de una región particular. Desde este punto de vista la investigación pretende adscribirse al pedido de González y otros investigadores latinoamericanos que exigen información sobre la calidad de vida real de las familias migrantes dentro y fuera del país, sus procesos de movilidad social, el equilibrio en sus roles de género y generacionales, entre otras cosas.

Al terminar este breve repaso panorámico puede comprobarse que sigue haciendo falta un análisis colectivo que dé verdadera cuenta de las características más importantes del tipo de conocimiento que se está elaborando acerca de las migraciones transnacionales bolivianas. Son muchas las investigaciones necesarias. En primera instancia, la vinculada al conocimiento de la re-configuración de las redes migrantes en términos concretos, relacionados a los cambios en las modalidades de uso del espacio y el tiempo; es decir, nuevos destinos por períodos de residencia más o menos prolongados, incluyendo una mirada sistemática a los desplazamientos migratorios en períodos de excepción –incremento de control en EEUU y España; recesiones económicas como las de EEUU en 1991, o las de Argentina en 1982 y 2001-. En segundo lugar, las que podrían analizar la re-configuración de las redes migrantes en términos cualitativos. Se trata, como se se-

guirá viendo a lo largo de los apartados siguientes, de lógicas y estrategias –económicas, sociales, culturales- que podrían describir mejor la cultura de la movilidad, como un fenómeno estructural y a-coyuntural inherente al desarrollo de nuestra vida nacional, hace años también desplegada en la Bolivia exterior (Hinojosa, 2004).

FAMILIAS TRANSNACIONALES Y POBREZA

Abdón Linares nos explicó que en la Tercera Sección de la provincia Esteban Arze se forman migrantes como en la Argentina futbolistas: desde chiquitos. Cuenta nuestro informante que un recuerdo recurrente de su infancia es el de despertar en la madrugada por los ruidos que hacía su padre cerrando la maleta para irse a la Argentina. Cuando fue lo suficientemente grande, Abdón decidió hacerse el dormido y levantarse en el momento justo. “La próxima, cuando me vaya, te voy a llevar”, le dijo su padre. Entonces empezó a soñar que alcanzaría a su papá en paracaídas –como volaban los soldados de un cuartel vecino–, convencido de que aquello era posible en una época en la que los caminos eran tan malos que ni se podía llegar a la ciudad de Cochabamba.

Otra de nuestras entrevistadas comentaba, entre lamentos y risas, que a su hijo “[...] le había agarrado la epidemia apenas con 16 años” (Moya, 2005). Descrita como tal, a la intención de migrar parecería precederle un contagio familiar y comunitario. Muchas de las familias de la región iniciaron sus ciclos de vida migrando, pero la revisión histórica en base a fuentes orales que analizamos fragmentos atrás nos permite entender que el contexto importa y a veces determina la acción transnacional de una familia.

Entendemos por *familia migrante transnacional* a aquella que participe del fenómeno migratorio a través de uno o más de los miembros de su unidad familiar nuclear, compuesta por padre, madre, hermanos o por hijos, esposo o esposa. Lo central de esta definición operativa, que ha servido para guiarnos metodológicamente en el hallazgo de buena parte de nuestras entrevistas, no se refiere al debate sobre lo nuclear o ampliado de los sistemas tomados en cuenta, sino principalmente a la naturaleza de estas modalidades de “participación en el fenómeno a través del pariente migrante”. De hecho, apoyados en una investigación anterior, identificamos a las familias señaladas por su relación diaria con la migración en torno al impacto de las remesas, las demostraciones de solidaridad familiar y comunitaria migrante, las costumbres de división social que el fenómeno ordena y otras prácticas transnacionales que van desde la organización de importantes fiestas patronales, hasta una simple pero rutinaria llamada telefónica (De la Torre, 2004).

En este sentido, es probable que el análisis incluya a unidades familiares que estén participando del fenómeno a través de un familiar de segundo grado o allegado; puesto que, como acabamos de señalar, el énfasis de nuestro enfoque de clasificación inicial consistió en el despliegue de las prácticas transnacionales mencionadas. Así pudimos trabajar con el caso de la pequeña unidad familiar que integran Maximiliano Luna y su madre. Ambos, originarios del departamento de Chuquisaca, cuidan la pequeña huerta de duraznos de don José Paz, a quien Max considera su “tío de cariño”. Hablan por teléfono cada semana y reciben desde Estados Unidos regalos ocasionales. Ni bien termine el colegio y el servicio militar, el joven Max planea reunirse con el señor Paz en el extranjero, de acuerdo a posibilidades claras que éste le habría abierto en su empresa constructora. Como puede verse, migrantes y no migrantes –incluso no parientes– pueden comprometerse regularmente en actividades transnacionales mutuamente dependientes. Aquellos que se quedan atrás del lazo primordial también pueden y suelen ser embebidos por los campos sociales transnacionales creados por el fenómeno migratorio. Muchos entrevistados jamás abandonaron la Tercera Sección de la provincia Esteban Arze y manifiestan no tener intención de hacerlo mientras puedan decidir; sin embargo, es indudable que viven en un contexto que se ha *transnacionalizado* (2001).

Las decisiones migratorias influyen en la dinámica familiar así como cada familia estructura la forma de vivir la aventura particular de cada migrante. El asunto puede observarse, por ejemplo, en las decisiones –individuales y familiares– sobre el uso de las remesas migrantes, además de sus montos y frecuencias de envío. Cuando las remesas migrantes están vinculadas a la seguridad alimentaria del hogar abandonado –hecho que sucedió a las familias de la región principalmente durante los años iniciales del adiós–, por lo general los migrantes y sus familiares coinciden en atribuir los envíos un carácter de obligatoriedad, por más duras que sean las condiciones laborales del migrante en el extranjero. Un joven casado y responsable de la alimentación de sus hijos o una joven soltera que mantenga a algunos de sus padres no tienen elección. “Estamos hablando de un pueblo para el que al familia es lo más importante. Con la familia no se puede fallar” (Sánchez, 2005).

Doña Inés Moya, una maestra convertida en productora de durazno, recuerda, por ejemplo, que al principio de la aventura migrante su esposo sí hacía envíos rutinarios para los gastos de la canasta familiar básica; aunque eso dejó de ser necesario algunos años después, cuando todos sus hijos se unieron al padre en el trabajo de la construcción en el área metropolitana de Washington y ella misma empezó a ser

autosuficiente gracias a la cosecha de durazno. Por supuesto que para que esa huerta se hiciera una realidad fue necesario una inversión que involucró, como veremos en el apartado pertinente, a un capital logrado fuera del país.

Los sistemas familiares descubiertos son, sobre todo, dinámicos. Su principal ductilidad consiste, naturalmente, en sortear la variable espacial para desplegar sus vidas –y en muchos casos también sus actividades productivas– dividiendo estratégicamente su fuerza de trabajo para lograr presencia real en ambos polos de su residencia extendida. La manera en que algunos de esos sistemas familiares llevan adelante las gestiones de sus huertas lo demuestra. “Querían poner plata [desde el extranjero] y empezar a ver plata sin trabajar; pero luego ya casi todos han aprendido a hacer bien las cosas” (Moya, 2005). La demanda de trabajo de la fruticultura es muy distinta a la de aquella agricultura en secano. Para mayores beneficios se necesita un trabajo engranado entre los miembros del núcleo familiar que en la mayoría de los casos corresponde a un consenso adecuado en la relación conyugal. “Mi esposo tiene que venir a ayudarme en la cosecha de cada año”, insiste doña Inés Moya. Como muchas mujeres, doña Inés asiste a las reuniones de su asociación y no deja de mejorar la huerta familiar que está a su cargo, mientras su esposo y sus hijos trabajan en EEUU. (Moya, 2005).

Esa sensación de haber llegado más o menos diez años tarde a la medición de un fenómeno de estricta dependencia económica de las remesas por parte de la mayoría de las familias consultadas se hizo más o menos evidente a medida que transcurrían cada una de nuestras entrevistas. De todas maneras, no faltó la oportunidad de recoger declaraciones que demostraban que para muchas familias esa necesidad es de lo más actual, por ejemplo, en aquellos casos de nuevas familias migrantes que, además de escoger preferentemente España para su desempeño laboral, tienen en común el no contar con redes tan sólidas como las establecidas por gente de la región en los EEUU.

Una comparación entre los datos demográficos de acuerdo a los Censos de Población y Vivienda de 1992 y 2001, ambos dentro del período temporal de nuestro estudio, demuestra un salto importante en el mejoramiento de la calidad de vida para las familias de la región. Según los conceptos operativos y datos actualizados por la Unidad de Análisis de Políticas Económicas del gobierno boliviano (UDAPE), en el indicador “porcentaje de pobres”, la Tercera Sección de la provincia Esteban Arze bajó de un 87% en 1992, a un 54,4% en 2001. Que un 33% de los hogares de la región haya superado el umbral de pobreza en ese período convierte al Municipio de Arbieta, junto a los de Cliza, Quillacollo, Tiquipaya y Kanata (Cercado), en los más exitosos del departamento.

En 1992, por citar algunos indicadores, la tasa de urbanización de Esteban Arze no sobrepasaba el 10%. Aunque este dato también incluye a las otras secciones de la provincia, no puede pasar desapercibido que un control de calidad de vivienda señalaba que sólo un 1,1% de las construcciones podían considerarse buenas, un 32% aceptables, un 37% deficientes y un 30,7% inaceptables. La cocina a leña era empleada diariamente por un 87% de las familias; mientras sólo un 12,4% recurría al gas licuado y un 0,4% al guano, la bosta y la taquia. Al índice de esperanza de vida (acorde al promedio departamental de 40 años), debían agregarse otros datos sociales, como el de la tasa de analfabetismo total del 41% (26,9% para los hombres y 53,2% para las mujeres). A su vez, el monolingüismo quechua nativo sumaba un total del 47,9% (38,9% para los hombres y 55,6% para las mujeres) (Laserna *et al.*, 1995).

Nueve años después y aún dentro de los parámetros definidos por UDAPE, el municipio de Arbieto presenta, junto a Cliza y Tolata, los índices de “indigencia” y “marginalidad” más bajos del departamento⁷ (7,91% y 0%, respectivamente). Su Índice de Desarrollo Humano (IDH) municipal –indicador de uso reciente en Bolivia- es de 0,568; mientras los de los restantes municipios del valle fluctúan entre 0,652 y 0,420 (PNUD, 2004). Por último, y a manera de comentar otro indicador de UDAPE probablemente relacionado con el fenómeno migratorio, 23,7% de los hogares de la región de nuestro estudio cuentan con una línea de telefonía fija o celular, logrando un porcentaje apenas superado por Tiquipaya y Kanata (Cercado). De acuerdo a nuestras observaciones durante el período del estudio, ese índice habría sido superado ampliamente.

Naturalmente, la pobreza es mucho más que lo que se puede describir con cifras. En nuestro trabajo de campo recogimos percepciones y definiciones personales para el concepto de pobreza, intentando medir en función de ellas avances y retrocesos en la calidad de

7 El método de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) analiza las carencias de los bienes que permiten a un hogar satisfacer sus necesidades esenciales. “Es un método de medición directo [que mide pobreza estructural, no reciente o coyuntural], puesto que observa y evalúa si un hogar cuenta o no con los bienes y servicios que le permitirán satisfacer efectivamente sus necesidades” (INE, 2001:1). El indicador NBI se organiza en función a los indicadores vivienda, servicios e insumos básicos, educación y salud. El método logra encasillar la información demográfica en estratos contruidos tras la división del recorrido del NBI [-1,1] en cinco segmentos, que forman cinco grupos, representando cada uno de ellos un estrato de pobreza. Cada hogar se clasifica en el estrato que le corresponda según su NBI alcanzado. Los estratos son: Necesidades Básicas Satisfechas, Umbral de pobreza, Pobreza moderada, Indigencia y Marginalidad. Los dos primeros estratos corresponden a los no pobres. Los estratos de Pobreza moderada, Indigencia y Marginalidad agrupan a la población pobre.

vida de los comuneros de acuerdo a su propio análisis. Como bien sabemos, ese enfoque corresponde a la visión de Mahbub ul Haq que recogen los documentos de las Naciones Unidas, que consiste en pensar el desarrollo “[...] desde los objetivos últimos del desarrollo mismo; es decir, desde el cumplimiento de las aspiraciones de la gente, desde el progreso que busca, desde lo que necesita y quiere hacer” (PNUD, 1998: 6).

Pobreza era, según recuerdan algunos migrantes: “comer sólo un pichón de paloma, morirse de hambre y tener que guardar el otro para el día siguiente” (Escóbar, 2005); “comer *wisa*, grasita de vaca nomás” (Guarachi, Miranda, Miranda, Moya, 2005); “no saber qué se va a poner en la olla al día siguiente” (Córdova, 2005) y “trabajar todo el día y ver que no alcanzaba” (Belmonte, 2005), entre otras percepciones. Estas nociones de pobreza, que hacían hincapié en necesidades básicas insatisfechas, fueron tan reiterativas como las que recogimos en torno al argumento de la frecuente falta de dinero y cómo ésta imposibilitaba cualquier sensación familiar de bienestar: “difícil tener felicidades” (Soto, 2005); “no teníamos para víveres, vestido, material escolar” (Moya, 2005) y “si falta dinero, falta todo” (Sejas, 2005), antes de responder ante otra pregunta nuestra: “claro que sigo pensando lo mismo sobre la palabra pobreza. Pobreza es no tener”.

Antes del boom del durazno, la vida familiar de la gran mayoría de las familias entrevistadas se organizaba en torno a los movimientos migratorios descritos y actividades productivas tradicionales de agricultura en secano. Se sembraba y cosechaba maíz, trigo e incluso quinua para el mercado local. Algunas otras cosechas, como la de la papa, se dividían entre la venta y el consumo familiar para el año entero. Algunas actividades como la elaboración de quesillos, *phiri* y otros productos artesanales complementaban el reducido ingreso económico del hogar⁸.

Ante este cuadro histórico y tomando en cuenta que la visión de Mahbub ul Haq sobre el desarrollo (PNUD, 1998) sugiere incluir en nuestras investigaciones las preguntas: “¿Cómo vive la gente su vida? y ¿Cómo desea cambiarla?”, puede interpretarse que, en términos productivos, un futuro deseado desde el pasado de muchas de las familias que analizamos fue el de lograr un caudal de ingreso tan importante

8 El cuadro general era diferente para las familias de las comunidades de altura, cercanas al cantón de Arpita, que pese a no estar incluidas en el área delimitada para este estudio, deben ser mencionadas por el hecho de su participación histórica como subcontratados en la actividad agrícola de la región. Muchos de ellos trabajaban bajo la modalidad del *pongueaje* y apenas lograban la subsistencia trabajando tierras de otros. A la larga, su situación no cambiaría profundamente luego de la Reforma Agraria (Casiano Amurrio, 02/08/05).

como el del durazno, con la cooperación estructural de la economía de la migración transnacional. Los sueños de progreso son pertinentes en un debate sobre la pobreza y nosotros pudimos comprobarlo en la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze, donde las disposiciones subjetivas sobre el progreso deseado terminaron por convertirse en acuerdos –familiares y comunitarios, como veremos más adelante– que integraron las aspiraciones y las encaminaron a su cumplimiento.

Como veremos a continuación, algunas de las estrategias para ese cumplimiento se basaron en el dominio de lo que Pries llama la infraestructura transnacional⁹, que permite la experiencia plena del transmigrante en algo que ya no es una experiencia biográfica aislada, sino una forma de vida. “Más bien, el espacio social del mundo-vida se está emancipando cada vez más del espacio geográfico-físico y se puede extender sobre y entre espacios geográfico-físicos diferentes” (Pries, 1999: 58). Excediendo brevemente la dimensión familiar, podemos señalar un ejemplo comunitario que habla de esas destrezas de dominio: El campeonato “Integración y Cooperación Provincia Esteban Arze”. INCOPEA es, inicialmente, un campeonato de fútbol de largo aliento que los migrantes de la zona sostienen en Estados Unidos. Las inscripciones y sanciones del campeonato permiten recaudar un monto inicial que luego se amplía gracias a quermeses y otros eventos para lograr sumas destinadas a la inversión semestral de obras en Bolivia. Los beneficios se distribuyen entre las comunidades siguiendo una secuencia de rotación que recuerda, al menos idealmente, a la reciprocidad que “[...] funciona como la base y la trama ideológica y práctica de todas las relaciones sociales que rigen el proceso mismo de la producción andina” (Wachtel, 1973: 64).

INCOPEA, una institución aparte al interior de la colectividad boliviana en los EEUU, ha logrado envíos que fluctúan entre siete mil y quince mil dólares, a través de actividades anuales de campeonatos masculinos y femeninos de fútbol y otros deportes. Estas sumas son luego ampliadas independientemente por los originarios de la colecti-

9 Pries propone el término *infraestructura transnacional* para describir a empresas de envío y entrega de dinero, cabinas telefónicas baratas, restaurantes, sedes sociales, campos deportivos y barrios de migrantes en los que se puede encontrar tiendas de insumos para cocina típica del país de origen, entre otros elementos (Pries, 1999). Según Peggy Levitt, el uso indiscriminado del término *transnacionalismo* para la descripción de las complejas actividades migrantes contemporáneas expone a la noción a perder mucho de su poder analítico. Para los fines de nuestra investigación utilizaremos la definición que Levitt toma de Alejandro Portes, según la cual se acude al término transnacionalismo para “describir aquellas ocupaciones y actividades económicas, políticas y socioculturales que requieren contactos regulares y por períodos extendidos a través de las fronteras para su éxito” (Levitt: 2001:6).

vidad beneficiada en actitudes claramente competitivas con las sumas que lograron las anteriores comunidades. Por sus limitaciones temáticas y de espacio, el presente artículo no describe los motivos que descansan detrás de esas acciones comunitarias que se encuentran a medio camino entre la auténtica intención de generar mejores condiciones de vida para los propios y la no menos legítima intención de lograr mayor reconocimiento social.

Escena narrativa 2

Buenas tardes, ¿se escucha? Sí, vamos a dar inicio al acto central de premiación de esta feria, que pese a ser tan joven, ya es importante y querida por todos los residentes de Arbieto. Damos la bienvenida al Excelentísimo Señor Alcalde, a los miembros del Honorable Concejo Municipal y a todos los visitantes de las distintas poblaciones de la Tercera Sección de nuestra provincia, del valle entero y de la ciudad de Cochabamba, que hoy se han dado cita en esta plaza para probar nuestros jugosos duraznos y participar de esta bella fiesta.

En seguida también estarán con nosotros Bety Veizaga y Bonanza, entre otros reconocidos artistas de importante trayectoria nacional e internacional. Pero antes de nada, quiero pedir al respetable un fervoroso aplauso por nuestros hermanos residentes en Argentina y en los Estados Unidos, que en esta oportunidad hacen posible esta fiesta con su apoyo para contratar a la banda, la amplificación y los reconocidos músicos (aplausos).

A ver, si podemos ver algunos de nuestros residentes en los Estados Unidos, sé que están por aquí... Sí ahí –señalando unas mesas dispuestas cerca del escenario- están algunos (Aplausos). Muchos están aquí, pero muchos también están allá y queremos agradecerles porque gracias a ellos se hace año a año esta feria. De esta manera nuestros paisanos nos dicen: ‘Sí, estamos presentes en nuestra tierra, aunque hayamos tenido que abandonarla por la difícil situación que sobrepasamos’. Ya en la semana siguiente estaremos con ellos a través de las imágenes que estamos filmando... para acompañarlos imaginariamente. ‘Somos uno, no lo olvidamos. ¡Viva nuestra tierra (Aplausos) Y aquí está con ustedes, Betty Veizaga...’¹⁵.

(Maestro de ceremonias, Ferias del Durazno, Arbieto. 19 de febrero de 2002 y 6 de marzo de 2005).

“HACIENDA ARLINGTON”: MIGRACIÓN E INVERSIÓN PRODUCTIVA

IRSE PARA PERMANECER: TIERRA Y CASA

La tierra, como el más significativo de los bienes de explotación para la familia rural, ha sido en la región el objetivo inicial que muchas de las familias entrevistadas recuerdan haberle atribuido a su primera aventura migrante. “Yo gracias a la Argentina me he comprado la ma-

yoría de estas tierras” (Moya, 2005). Con palabras casi similares nos lo contó la esposa del productor Sebastián Miranda: “Nosotros no teníamos ni un poco de tierra, con nuestro trabajo [allá] nos hemos hecho todo. El Sebastián trabajaba doble turno, esa plata ahorrábamos y comprábamos tierra. Así hacemos nosotros” (Miranda, 2005). Éstos y otros campesinos mayores que pudimos entrevistar declararon que el objetivo de tener, liberar de deudas o ampliar la tierra propia fue el primero de los eslabones en una cadena organizada de acciones que terminaría con el arribo (o retorno, en el caso de las familias propietarias de grandes extensiones) a una actividad productiva más o menos autosuficiente.

Naturalmente, para presenciar los movimientos más representativos del fenómeno de compra de tierras, nuestro estudio también llegó varios años tarde. Los capitales generados en la mejor época de la migración hacia la Argentina, e incluso a Venezuela, lo permitieron y eso sucedió en la región principalmente entre 1960 y 1980. Al finalizar ese período también se realizaron compras de tierras dirigida hacia su futura comercialización. Muchas de ellas incluso fueron adquiridas en otras zonas del Valle Alto, en distintos barrios de la ciudad de Cochabamba y hasta en Montero, en el oriente del país. Ese tipo de inversión en compra-venta no se diferenció particularmente ni de la ejecutada sobre cierto tipo de casas, como veremos a continuación, ni de la decisión de confiar en financieras privadas, algunas de las cuales ocasionaron recordados desfalcos que son en sí mismos tema de otro artículo.

¿Hoy en día se siguen vendiendo tierras en la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze? Sí, y a precios inéditos para la región que oscilan entre los seis y los diez mil dólares por arrobada (3.622 m²) en las áreas de buen riego. ¿Quiénes venden? Pues tal vez ahí se encuentre el otro lado de la ironía entre la ausencia y la presencia de la nueva ruralidad. En muchos casos, quienes venden o alquilan sus tierras a pequeños productores arrendatarios son campesinos empobrecidos que no tienen otra forma de pagar los gastos de su primera aventura migrante. “Es una pena, tienen un terreno que seguramente viene desde sus abuelos, vale 20 mil dólares y lo venden a ocho mil para poder llegar a Estados Unidos o España” (Zubieta, 2005).

Como segundo bien principal en la mira de la inversión transnacional se encuentra, indudablemente, la casa. Caminando por las calles de la región, es muy difícil no advertir las casas de hormigón armado y paredes de colores brillantes que contrastan con el adobe de las viejas construcciones. A los costados del camino, a veces expuestas y a veces escondidas en callecitas adyacentes, están las grandes construcciones como elefantes dormidos. El cuadro se completa, en la

mayoría de los casos, con una pequeña construcción satélite, de más antigüedad y menor calidad, que por general puede verse al fondo o en una esquina del lote. En esa casita pequeña generalmente vive una familia campesina contratada en calidad de guardiana e, incluso, el padre o la esposa y algunos de los hijos del migrante, cuidando la propiedad para que durante unos breves días al año pueda aprovecharla su dueño. Sólo en contados barrios de la ciudad de Cochabamba podrían encontrarse casas tan imponentes como las de este municipio de extracción campesina.

“Yo sé lo que usted piensa al ver estas casas”, nos dijo don Diógenes Escóbar, “seguro se está preguntando ¿Y éstos cómo han hecho?” (Escóbar, 2005). Informantes como el Sr. Escóbar hablaron sin ningún tipo de reserva sobre el tema, identificando a la casa como el más importante de los bienes de inversión de las familias migrantes estudiadas; otros, sin embargo, se mostraron herméticos sobre los detalles, imposibilitando que el presente informe pueda precisar en cifras de generalización representativa acerca de los gastos de una casa en la zona. El recelo a entregar información detallada sobre éste y otros aspectos del fenómeno migratorio pudo explicarse a través del temor, no siempre infundadas, sobre robos a las nuevas casas y propiedades¹⁰. De acuerdo a los cálculos de un informante, la alcaldía del pueblo no dependería exclusivamente de los recursos provenientes del Estado si empezara a cobrar impuestos a esas grandes casas (Informante anónimo, 2005). En la base de esta posibilidad se encuentran el esfuerzo de las familias migrantes y la fijación comunitaria por lograr la casa antes de invertir en nada más, salvo la diaria manutención alimentaria.

En la promoción del Colegio Simón Bolívar, único centro de educación secundaria de Arbieta, la amplia mayoría de los estudiantes aseguró que, aún logrando una carrera profesional en Bolivia, sólo el esfuerzo posterior de la migración permitiría acceder a la posibilidad del ahorro necesario para construir una casa propia sin que ese trance dure toda la vida. “El dinero que sacaría [en los EEUU] sería para mi casa primero; luego, ya con mi casa, me pondría a trabajar aquí” (Andia, 2005). “Quiero traer mi dinero para la casa y para poder ejercer

10 El 1^{er} de julio de 2005 dos presuntos delincuentes fueron asesinados en la plaza principal de Arbieta (capital de la región de nuestro estudio) por una turba de pobladores. El linchamiento culminó a las cinco de la tarde, hora en la que los sujetos fueron colgados, sin que los pocos agentes policiales pudieran detener a los comunarios, muchos de los cuales se encontraban en estado de ebriedad. En Arbieta, el rebrote de esta forma de ajusticiamiento tradicional del espacio andino puede relacionarse claramente con el miedo a los robos a las nuevas y lujosas casas, casi siempre pertenecientes a familias migrantes transnacionales. El cuidado de las mencionadas casas ha motivado desconfianza por los extraños.

con mi capital; yo quiero ser programador de sistemas” (Soto, 2005). Proyectos similares parecerían perfilar casas similares. Al menos muchas de las construcciones observadas comparten rasgos inconfundibles. El hecho se explica con grandes carteles que cubren esquinas de las calles de Arbieto y Santa Rosa anunciando servicios de empresas constructoras, cuadrillas de albañiles, pintores y otros especialistas que pretenden afincarse en el boom local de la construcción¹¹.

EL DURAZNO

El duraznero forma parte de una estampa típica del Valle Alto cochabambino y su presencia también es antigua en la memoria de los entrevistados de la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze. Sin embargo, su cultivo tradicional no le permitía sobrepasar la función de árbol-lindero, confinado a proteger por los flancos las plantaciones de maíz o papa. El verdadero viraje hacia su producción para el mercado en las condiciones descritas por Román Belmonte ocurrió hace no más de 15 años; sin dejar de mencionar que unas cuantas familias –quizá menos de cinco– lo cultivaron en una escala media a partir de la década del setenta. El antecedente a mencionar es el proyecto de la Estación Experimental de “San Benito” que en la época pretendió aumentar la magnitud de la producción de manzana y durazno.

Para algunas familias la posibilidad de producción estuvo ligada a créditos blandos de organizaciones como Agrocapital y el propio Banco Agrícola, pero una opción comunitaria terminó por abarcar la gran mayoría de los casos de inversión productiva. Nos referimos, confirmando la hipótesis principal del presente estudio, al apoyo del capital migrante, principalmente logrado en el área de la construcción por trabajadores de la región residentes en Argentina y, en mayor grado, en los Estados Unidos de Norteamérica, entre 1990 y la fecha, sin que el fenómeno muestre señales de detenerse.

Al menos dentro de cálculos apretados y siempre tomando en cuenta la imprevisibilidad de las condiciones del clima y del mercado, el durazno sí se ve como una actividad agrícola rentable, a diferencia de lo que sucede con las tradicionales producciones a secano. Para su emprendimiento extendido en la región ha sido determinante la interrelación de varios factores, entre los que deben citarse el buen precio de la fruta en el mercado y el mejor acceso al agua, fundamentalmente

11 Las inversiones familiares en bienes raíces no se hacen únicamente en la región, sino que suelen extenderse a la ciudad de Cochabamba. Al inicio esa práctica se circunscribía a la zona comercial del gran mercado de La Cancha; pero ya es frecuente que muchas de las familias de la región hayan comprado casas en el centro de la ciudad e incluso en caras áreas residenciales.

gracias a la implementación del proyecto de riego de la Represa de Laka Laka –gestionada por el Centro de Investigación y Desarrollo Regional, CIDRE, con financiamiento principalmente canadiense– a escasos kilómetros de la zona. “Sí, el durazno da”, nos dijo don Román Belmonte, antes de asegurar: “En durazno no se pierde” (Belmonte, 2005). Por lo general, la producción agrícola en el propio predio se hace rentable y llega a generar una fuente de ingresos verdaderamente significativa sólo para aquellas familias que han encontrado los recursos de arranque necesarios fuera de casa.

“Ése ya es dinero que han traído de afuera” (Becerra, 2005); “Sí, pero para eso ya estaban los *americanos*¹² pues” (Amurrio, 2005); “Ya la plata la traen de afuera” (Soto, 2005); “Sí, Korimayu, Arbieta, toda esa franja [principalmente] es con la ayuda de la migración” (Linares, 2005); “De sus inversiones habrán puesto un poquito para el durazno” (Mamani, 2005). Como se ve, siguiendo por la senda de las conclusiones de Cortes, Hinojosa y Rivero, la migración transnacional parecería estar generando condiciones básicas para la intensificación de cierto tipo de actividad productiva llevada a cabo por familias participantes de la llamada *nueva ruralidad boliviana* (Cortés, 2004; Hinojosa, 2004; Rivero, s/f).

En los últimos 15 años, período escogido para la limitación temporal del estudio, la región se ha convertido en la segunda en producción de durazno en Cochabamba y en una de las más importantes del país. Según Israel Alconz Canqui, el Municipio de Arbieta contaba con 140,5 hectáreas de durazno en la gestión 2003. De acuerdo a nuestro trabajo de actualización sobre esa información con fuentes entendidas en la materia, la zona cuenta hoy con entre 160 y 170 hectáreas productoras del fruto, con una cantidad total de plantas estimada entre 90 y 100 mil (a una densidad promedio de cuatro árboles por cada 16 m²)¹³.

12 En los últimos años se ha convenido en llamar *americanos* o *arlingtonos* a los integrantes de familias vinculadas directamente a la migración transnacional. Frente a estos pobladores, el imaginario local distingue claramente a los *jalisco*, *mexicanos* o simplemente *latinos*, originarios de zonas empobrecidas o habitantes de la región que viven el fenómeno indirectamente, ya sea como productores tradicionales o como contratados por familias del primer grupo (De la Torre, 2004).

13 Desde el período 2004-2005, la cantidad de hectáreas plantadas con durazneros en la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze viene siendo objeto de conteos tan diversos como los que se escuchan para las cifras de bolivianos fuera de Bolivia. Sin contar con datos sobre la incorporación de nuevas plantas entre 2005 y 2007, se puede citar una reciente entrevista en la que Cresencio Soto, Alcalde de Arbieta, asegura que hoy su municipio cuenta aproximadamente con 800 hectáreas productoras del fruto (Soria, 2007). Su cifra recibe el respaldo de proyecciones, no estudios, del Servicio Departamental Agropecuario (SEDAG), según las cuales 30% de las 2.530

Escena narrativa 3

Don Ernesto acaba de bajar del vuelo 121 del Lloyd Aéreo Boliviano en Miami para tomar luego la conexión hacia Washington, donde lo esperan sus dos hijos. Los 21 días de su visita serán inolvidables, como siempre. La última semana, dedicada al carnaval, le ha dejado recargadas las baterías y una resaca que le es muy difícil disimular. Sin embargo se comporta con propiedad, como lo ha hecho a lo largo de los 16 años de su residencia en los Estados Unidos, trabajando casi todos los días y pagando sus impuestos.

Por eso, por tantos años de estabilidad, piensa que es un locura haberse animado a traer lo que ahora lleva en un pequeño paquete cubierto con bolsas plásticas y escondido en su equipaje de mano. Muchas veces se había sentido tentado por hacerlo, como tantos otros bolivianos lo hacen de cuando en cuando, pero siempre terminó desistiendo. Siempre hasta ahora, piensa sabiendo que perdió su última oportunidad de arrepentirse hace una hora, cuando la azafata le entregó una boleta de migración y él declaró que no llevaba en su poder algo fuera de lo normal. Parado en la línea y esperando su turno para enfrentar al agente migratorio, don Ernesto repasa su líneas. Mentirá diciendo que ingresó al país durante la amnistía de Reagan para trabajar en agricultura y cosas por el estilo. De pronto, el momento temido llega: el agente pide apoyo a una mujer policía que habla español y don Ernesto es conducido a un pequeño cuarto para iniciar el interrogatorio. Luego de que la policía recuerda al sospechoso que ese tráfico está penado por ley, él se disculpa explicando que lo que trae es para exclusivo consumo personal. La discusión se extiende por largos minutos hasta que el boliviano recurre a un argumento auténtico y avasallador: "También fue un pedido de mi jefe, que es constructor de obras para el gobierno". Muchas millas al norte, volando en dirección a Washington sano y salvo, don Ernesto agradece su suerte sin dejar de asombrarse por la eficacia del control: "Qué gringos locos, tanto lío por cuatro duraznos". Siguiendo el consejo de su esposa, el migrante lleva un buen ejemplar -de los jugosos- para que su jefe sepa de qué fruta habla tanto el empleado. Los otros dos duraznos son para sus hijos y el restante planea comérselo mañana, para no ir muy triste a la construcción.

(En base a datos de Inés Moya. Arbieta, 14 de abril de 2005).

Durante los tres primeros años posteriores a su cultivo a mediana o gran escala, el durazno no da ganancia alguna. Este período de inversión es el que no permitiría acceder a préstamos institucionales que exigen intereses desde el inicio. Según la totalidad de los pro-

hectáreas de durazno con que cuenta actualmente el Valle Alto cochabambino se encuentra en Arbieta; 40% en San Benito; y el restante 30% entre los municipios de Tarata, Punata y Cliza, principalmente (Id.).

ductores entrevistados, súbitamente las familias migrantes se presentaron como capitalistas habilitados para una inversión inicial sin retorno, que tenía la fortuna de empezar a rendir buenos dividendos a partir del cuarto año. “Traer plata y hacer trabajar” fue una de las frases más repetidas en nuestros registros. De acuerdo al cuerpo técnico de la Asociación de Productores Agropecuarios del Valle Alto (ASPAVAL), hay dos maneras de evidenciar ese sistema: o la persona trajo el capital de largos períodos migratorios (Don Emiliano Moya, Don Abdón Sejas, Don Sebastián Miranda y muchos otros residentes en la Argentina hasta la década del ochenta); o la familia envía los fondos al productor, sin cambiar su residencia más o menos estable en el extranjero.

Cuentan los responsables de un nuevo programa de asesoría técnica dirigido a 47 socios activos de ASPAVAL que unos cuantos de sus beneficiarios reciben ayuda mensual de parte de sus familiares durante los meses de mayor gasto en el ciclo productivo. Estas huertas teledirigidas se mueven gracias a ese capital mediante comunicaciones semanales de informes precisos. Las inversiones migrantes también se describen como teledirigidas porque para ser ejecutadas no se hace necesario abandonar una circulación sostenida en los espacios sociales transnacionales de la migración laboral.

Vista también como actividad alternativa para abandonar el proyecto de vida de la migración transnacional, la producción de duraznos parecería no librarse del todo del fenómeno que la hizo posible en muchos casos. Don Abdón Sejas cuenta que después de haber trabajado años en la Argentina, volvió para dedicarse plenamente a sus plantas, ya que por entonces la caja de primera calidad se vendía entre 350-400 pesos bolivianos (Bs.) (más del doble de lo que puede obtenerse con esa caja hoy en día -09/08/05-). Sin embargo, muchos de los que hicieron declaraciones de ese tipo olvidaron mencionar que tienen a sus hijos fuera del país. Si bien estos jóvenes trabajan ahora para su propio futuro, no es desatinado pensar que lo hacen reproduciendo un sistema familiar que hasta ahora se ha mostrado eficiente. Quienes optan por abandonar –al menos por un tiempo indefinido- la circulación transnacional son aquellos que han logrado montar huertas lo suficientemente grandes como para generar altos excedentes. Debemos recordar que si algunas de esas plantaciones superan la cantidad de mil y hasta tres mil árboles, en casos excepcionales; muchas de las familias productoras apenas inician su recorrido de productoras con menos de 200 plantas (Alconz, 2004).

Las diferentes dimensiones de las huertas también hacen difícil el cálculo estimado de los gastos que una familia migrante invierte habitualmente en explotación agraria. La diferencia central se en-

cuentra en el hecho de que la tierra esté ubicada dentro o fuera del área de buen riego de la represa de Laka Laka. Sin la necesidad de cavar pozos propios, la inversión para una huerta de aproximadamente 1.000 plantas puede tomar, por lo menos, entre cuatro y cinco mil dólares, tomando en cuenta compra de plántulas, removido de suelos, cavado de huecos, politubos y material de riego, pesticidas y mano de obra, etcétera.

Ahora bien, quienes no se encuentran en áreas de riego –todos los productores de Tiataco y algunas zonas de La Loma, por ejemplo– deben hacer la inversión en un pozo. Hace algunos años estas obras eran superficiales, pero la escasez de agua parecería estar obligando a perforaciones profundas, de 15 a 20 metros. Al gasto del pozo debe adicionarse, por lo general, el tendido de cables para traer energía eléctrica (entre 500 y 1.500 dólares de acuerdo a la distancia por cubrir), además de las tarifas mensuales por este servicio. Un pozo profundo puede costar ocho mil dólares o más. En conclusión, el montaje de la huerta modelo que describimos podría superar los 12.500 dólares americanos; siempre y cuando no se tenga que comprar la tierra, vendida en zonas de riego a razón seis mil dólares o más por arrobada (3.622 m²). La situación nos permite seguir la conclusión con que una de nuestras entrevistadas describió las dobles demandas de un típico sistema transnacional: “Ahora veámoslo desde el otro lado: están obligados a quedarse allá o ir [por períodos limitados] porque así pueden cubrir con los pesticidas todo lo que se necesita aquí” (Guarachi, 2005).

Para terminar este apartado podríamos declarar que el futuro de la producción de durazno en la región es tan prometedor como podría haber sido su pasado, según un reclamo del concejal Belmonte que asegura que la falta de visión de las autoridades no abrió las puertas para este fruto 20 ó 30 años antes. La esperanza de las familias de la región apunta a una participación mucho más real en el mercado de Santa Cruz, La Paz y otras ciudades bolivianas, a través de un sistema agrupado y directo de acopio que permita llenar camiones en la propia huerta para evitar los consabidos gastos de intermediación. Sin embargo, Belmonte y otros expertos aseguran que esas proyecciones serán irreales mientras no se cuente con pozos adecuados para aumentar verdaderamente el volumen de producción total y alcanzar altos estándares de calidad. Incluyendo en esta lucha el cuidado de economía sostenible respecto al riesgo de salinización de los suelos (que ya es una realidad en el municipio vecino de San Benito), la Tercera Sección de la provincia podría acercarse a uno de sus más grandes sueños: la exportación.

Mientras ésas son proyecciones, la realidad muestra un primer efecto indiscutible: el boom de la construcción de grandes casas, la

necesidad de personal para su cuidado y la creciente producción de durazno han ocasionado un crecimiento considerable de la demanda de mano de obra en la Tercera Sección de la provincia Esteban Arze. “Generamos fuentes de trabajo, el Gobierno no”, dice el migrante Cludio Castellón, haciendo referencia a uno de los efectos colaterales más importantes del fenómeno en la región. Ninguno de los días en que visitamos Arbieto y las otras poblaciones del municipio a lo largo de ésta y una anterior investigación pudimos dejar de ver albañiles trabajando en más de una construcción, además de pequeñas cuadrillas de peones contratados en todas las huertas durante los meses de mayor necesidad.

Las construcciones requieren especialistas que vienen de municipios a veces distantes como Sacaba, Quillacollo y la propia ciudad de Cochabamba. Por su parte, una plantación de duraznos –de las 334 que registramos en la región- puede llegar a necesitar entre tres y diez peones, de acuerdo a su extensión. La necesidad crece en la cosecha, pero se mantiene más o menos estable durante la mitad de los meses del año. Para las plantaciones, a diferencia de lo que sucede en el rubro de las construcciones, es más frecuente contratar a matrimonios trabajadores –las más de las veces con hijos pequeños- o peones casados o solteros provenientes de las alturas circundantes o del departamento de Potosí, la región más pobre del país. Si es que no vienen acompañados de sus propias unidades familiares, muchos de los peones contratados bajo la modalidad de jornal –a un sueldo aproximado de cuatro dólares por día- despliegan el mismo sistema de trabajo practicado por sus patrones a lo largo de pisos ecológicos; con la diferencia obvia de que unos lo hacen en el privilegiado espacio transnacional y otros en el marco de supervivencia que permite la modesta migración interna.

Cuenta don Emiliano Moya que uno de los objetivos de los visionarios del durazno –muchos de los cuales sumaron esfuerzos en la creación de ASPAVAL era precisamente el de evitar la migración de esas familias hacia las zonas productoras de hoja de coca, del trópico cochabambino. Concebido como tal o no, en cierto sentido ese objetivo se ha cumplido. Ahora bien, según declaran algunos pobladores de la región, el siguiente fenómeno a observar es el desplazamiento de estos migrantes empobrecidos hacia los nuevos destinos de la migración rural-transnacional, entre los que sobresalen, como ya se señaló, España y otras naciones europeas. La repetición de prácticas migratorias transforma a las poblaciones de donde son originarios migrantes que, mediante los efectos de sus remesas no sólo económicas, sino también sociales, afectan en las decisiones de otros migrantes dispuestos a seguir sus pasos. “[Las remesas sociales son] las estructuras

normativas (ideas, valores y creencias), los sistemas de prácticas y el capital social que fluyen de las familias residentes en la sociedad anfitriona hacia su sociedad de origen” (Levitt, 2001: 54).

Escena narrativa 4

Don Leónidas salió a caminar muy temprano y apenas pudo saludar a los pocos que, como él, se habían animado a retar el frío de la mañana. “¿Qué se puede hacer en un día así?”, se preguntaba, sabiendo bien que en pleno invierno los durazneros no dan trabajo y la gente del pueblo apenas sí se dedica a sus otros cultivos. También están las pequeñas tiendas con lo poco que pueden mover -de hecho, Don Leónidas encontró para su caminata la excusa de ir por pan a lo de la “gaucha”, en la esquina de la plaza-; y también está la construcción.

La gente de Arbieto ha estado invirtiendo mucho en levantar grandes edificaciones y a Don Leónidas le gusta pensar que esas casas no pueden encontrarse ni en Tarata. “¿De dónde viene la gente que contratamos?”, se preguntaba, al ver a su pueblo tan vacío. La respuesta estaba en el centro de la plaza. Bajo el techo del pequeño kiosco ornamental, dormían muy juntos, tratando de evitar el frío, unos ocho hombres jóvenes. Al clarear la mañana despertarían para situarse en una de las veredas de la plaza esperando que alguien apareciera para contratarlos, aunque sea por un jornal de trabajo. Don Leónidas miró a esos desconocidos y sorprendido por la pena dijo: “Caramba, nosotros también habíamos tenido nuestros latinos”.

(Sobre la narración de don Casiano Amurrio, Arbieto, 6-8 de febrero de 2005.)

MIGRACIÓN Y DEBATES SOBRE LA CALIDAD DE VIDA

“Sí, soy feliz. Me deprimó a veces por el hecho de que mis padres están aquí [en Bolivia]; pero siento que ellos van a estar bien con nuestra ayuda” (Sánchez, 2005), declaró Primitivo Sánchez, residente en los EEUU. Por lo general, las percepciones de nuestros informantes sobre el éxito o el fracaso de su aventura migrante terminaron evidenciando un carácter ambiguo. Sin embargo, la forma de ambigüedad de esas percepciones podría describirse, más allá de la broma, como muy coherente. Los migrantes evalúan, tras años de experiencia en el fenómeno, que su decisión de abandonar el país fue buena y mala; y a la vez, salvo casos excepcionales, todos ellos coinciden en señalar cuáles son los elementos que consideran positivos y cuáles son los que consideran negativos. Esa dicotomía de opiniones tiene que ver con dos áreas, muy distintas entre sí, que forman parte de lo que entendemos por calidad de vida: el nivel de ingreso económico; por un lado, y el acceso pleno a oportunidades dignas de realización de las aspiraciones personales en conjunción con la estabilidad de la unidad familiar, por el otro.

Volviendo al debate que propuso la colombiana Olga González (2005) y que comentamos en las primeras páginas del presente documento, si bien es imposible esconder el festejado impacto de las remesas transnacionales en las economías latinoamericanas, el análisis obliga a preguntarnos sobre el estado de la dimensión humana involucrada en el fenómeno. Quizá las respuestas no serán motivo de grandes orgullos, piensa González, coincidiendo con el cuadro de satisfacción a medias observado en nuestra unidad de análisis.

Al margen de estas valoraciones recogidas de la percepción de los propios actores participantes en el fenómeno, éste no parece ser condenado en sus consecuencias últimas. “Habrá dolor, sí; pero habrá trabajo”, parecería ser un designio con el que no sólo los experimentados, sino incluso los potenciales migrantes reflexionan sobre su segura decisión de seguir viviendo fuera del país o empezar a hacerlo, según el caso. “Lo que sea, pero no quiero volver a vivir lo que viví, y quiero sacar de la pobreza a mi mamá” (Luna, 2005), explica este joven de 17 años, dispuesto a radicarse en el extranjero apenas logre el bachillerato.

Esta investigación aporta evidencia sobre cómo las huertas de duraznos irrigadas por la inversión migrante son una entre las muchas maneras en que los migrantes tratan de hacer que la sutura del trabajo sirva para curar la herida del desarraigo, a costa de solidaridad orgánica y estrategia. “Bueno, siempre es un apoyo para nuestra felicidad la producción de durazno” (Moya, 2005); “ahora ya es mejor la vida, aunque es siempre sacrificada” (Soto, 2005); “sí, me siento feliz con mi entrada del durazno y viviendo en el campo” (Sejas, 2005); “al menos los mayores son financiados por los hijos y familiares. Y se sienten felices porque sus hijos están trabajando, están ganando y van a poder invertir en algo luego” (Linares, 2005). El migrante productor parece haber encontrado una forma que, además de permitir la generación de ingresos, persigue la posibilidad de reconstituir aquel equilibrio familiar –y quizá comunitario– roto en el momento de la primera partida. La forma mencionada se enriquece, paradójicamente, con el manejo experimentado de las siguientes partidas por venir, considerando que la mayoría de los planes familiares las pronostican.

Algunas otras familias observadas manifestaron que, sólo después de vivir la ausencia y la desintegración, decidieron alejarse del sistema descrito porque éste les obligaba a arriesgar demasiado. Aunque fueron muy contados, ciertos jóvenes de la región se confesaron reacios a cualquier proyecto que anteponga la sutura del trabajo y los ingresos sobre la estabilidad familiar y otras maneras de realización personal. “Trabajando toda la vida en los EEUU puede que tenga 100 mil dólares. Ahora, ¿de qué me servirían esos 100 mil dólares si nun-

ca voy a estudiar. Es otra vida” (Informante anónimo, 2005). Como se ve, el debate no deja de enfrentar percepciones sobre el futuro de las familias de la región, aunque unos proyectos de vida logran más adeptos que otros.

CONCLUSIONES INICIALES: VOLVER POR LA CHEQANCHADA

“Nada es para siempre. Ya aprendimos que los EEUU se pueden caer como se cayó la Argentina, aunque no creíamos. Los que han sabido querer al campo saben que para ser viejo no hay mejor lugar que éste” (Amurrio, 2005). En este sentido, algunas familias migrantes se preparan para enfrentar la última etapa de su ciclo de vida sobre la base de inversiones en su tierra. Román Belmonte, concejal del Municipio de Arbieto y ejemplo reconocido de un inversor local, lo explicó muy bien al comentarnos cómo organizaba sus planes de vida mientras trabajaba en la Argentina: “Pensaba que [iba a volver] a Arbieto, soñaba que algún día regresaría a mi país y estar tranquilo, pero siempre decía que tenía que tener mi *capitalcito* [sic.]” (Belmonte, 2005).

Estas estrategias heurísticas traen de vuelta la figura de la *cheqanchada* a la que este trabajo viene haciendo referencia. Quizá no haya un camino único, pero sí sendas por visualizar y recorrer para transitar las duras condiciones de las dinámicas migratorias vinculando su vivencia a iniciativas de mejoría de la calidad de vida familiar, al menos en su dimensión familiar. Nuestra investigación, dedicada en última instancia a aportar datos para la discusión sobre migración, pobreza y calidad de vida en una región específica del área rural cochabambina, concluye acercándose, en buena medida, a su hipótesis inicial, a que la evidencia aportada a lo largo del documento nos permite declarar que: a partir de 1990, el fenómeno migratorio transnacional viene permitiendo la continuidad de procesos productivos, principalmente relativos a una actividad agrícola no tradicional, en la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze del Valle Alto cochabambino. Estos procesos productivos cooperan en un cambio positivo de la calidad de vida para la mayoría las familias de la zona, inscritas de manera directa o indirecta en el flujo de redes migrantes transnacionales. Sin duda alguna, hacen falta más investigaciones para profundizar en el debate principal sobre el alcance de las posibles definiciones para la noción de calidad de vida; por el momento, nuestro trabajo se ha centrado en función de lo que las mismas familias que integran su unidad de análisis entienden por ése y otros conceptos.

Las familias estudiadas fueron definidas como familias migrantes, en primer lugar porque la tradición comunitaria de su contexto más íntimo parecería perfilar muchas de sus decisiones de acuerdo a una economía de conceptos que, basándonos en los estudios de Murra y

otros antropólogos, proponemos llamar *cultura de la movilidad*. Esas familias despliegan sus ciclos y sus estructuras en el entramado de espacios sociales transnacionales, en cuya explotación la dimensión total del mundo-vida parecería emanciparse de la noción de país como recipiente geográfico estanco. Una Bolivia exterior emerge, por ejemplo, de las extensiones del Valle Alto cochabambino que pueden encontrarse en la Argentina, los EEUU o España. Esta particular permanencia de comunidades de sentimiento parecería sostenerse en prácticas sociales que, para su éxito, dependen –como explicaba Portes– de sólidas adscripciones en los distintos polos del valle transnacional.

Como indicamos en el apartado pertinente, durante el período escogido para la limitación temporal del estudio, la región se ha convertido en la segunda en producción de durazno en Cochabamba y en una de las más importantes del país. Aunque para el éxito del durazno fueron indispensables las contribuciones ya descritas; el producto protagoniza un proceso claro de intensificación de la actividad agrícola sobre la base de capitales trabajados fuera del país. La inversión inicial de montos diversos suele concentrarse especialmente durante la etapa inicial de la aventura productiva, en compra de tierra, plantas y fertilizantes, perforación de pozos, contratación de personal y otros rubros. Algunos migrantes de la región decidieron retornar para radicarse dedicándose a la actividad productiva señalada. Por su parte, los que siguen viviendo en el extranjero encuentran formas de participar en su tierra de origen y una de ellas es la de “regar el campo” para que produzca bien y quizá también para que se mantenga fresco para el ansiado momento del retorno, más o menos definitivo.

Entre los efectos colaterales de este fenómeno, así como del boom acelerado de construcción y demanda de cuidado para casas y huerta, tal vez el más significativo sea el de generación de nuevas fuentes de trabajo para familias empobrecidas de regiones cercanas y lejanas; aunque no debe dejar de advertirse que también para ellos el proyecto de vida relacionado a la migración transnacional empieza a hacerse posible. Más debates se hacen necesarios, pero, en su conjunto, la migración transnacional parecería compartir características con algunas estrategias integrales para la reducción local, digna y creativa de la pobreza.

Es probable que las motivaciones principales de estas iniciativas puedan ser principalmente familiares, ya que a través de ellas el migrante parece haber encontrado una forma que, además de permitir la generación de ingresos, persigue la posibilidad de reconstituir aquel equilibrio familiar roto en el momento de la primera partida. Ésas y otras aspiraciones regionales podrían ser trabajadas a nivel local. El Municipio de Arbieto y otros tantos municipios de distintas áreas del país masivamente relacionadas con la diáspora cuentan con

la estructura para llevar adelante estas acciones; pero sólo podrán hacerlo en el marco de una estrategia de auténtico despertar nacional ante el tema.

“Estábamos para levantar el mundo”, nos respondió don Diógenes Escobar cuando le preguntamos sobre el estado de ánimo que llevaban él y su hermano al iniciar la aventura migrante. Para levantar el mundo, dice... quizá empezaron por levantar su propia región.

BIBLIOGRAFÍA

- Alconz Canqui, Israel 2004 “Estrategias para la producción del durazno en el Valle Alto cochabambino”. Tesis de Licenciatura, Cochabamba.
- Appadurai, Arjun 2001 *La modernidad desborda* (Buenos Aires: Trilce).
- Bendixen & Asociados 2005 “Estudio de opinión pública sobre recepción de remesas en Bolivia (Washington D.C.: MIF FOMIN-BID).
- Cortés, Geneviève 1998 “La emigración, estrategia vital del campesinado” en *T'inkazos* (La Paz: PIEB) N°1.
- Cortés, Geneviève 2004 “Una ruralidad de la ausencia” en Hinojosa, Alfonso (comp) *Migraciones transnacionales* (La Paz: Plural).
- De la Torre Ávila, Leonardo 2004 “No llores prenda, pronto volveré. Migración y movilidad Social: la Tercera Sección de la Provincia Esteban Arze y los Estados Unidos de Norteamérica”. Tesis de licenciatura, Cochabamba.
- Giorgis, Martha 2004 *La virgen prestamista* (Buenos Aires: Editorial Antropofagia).
- González, Olga 2005 “La óptica utilitarista de las remesas” en *Semana* (Bogotá) 5/2005.
- Gordillo, José M. y Garrido, J. 2005 “Región de Cochabamba” en PIEB/CESU/DICyT-UMSS/Asdi-SAREC (orgs) *Cochabamba. Estados de la investigación* (La Paz).
- Grondin, Marcelo 1971 *Runa Simi: Método de quechua*. (Oruro: Quelco).
- Herrero, Joaquín S. J. y Sánchez de Lozada, Federico 1983 *Diccionario quechua: Estructura semántica del quechua cochabambino contemporáneo* (Cochabamba: CEFCO).
- Hinojosa, Alfonso (comp.) 2004 *Migraciones transnacionales* (La Paz: Plural).
- Hinojosa, Alfonso 2006 “Bolivia for export” en *Temas de Debate* (La Paz: PIEB) N° 6.
- Instituto Nacional de Estadística <<http://www.ine.gov.bo>> (9/2002) (Ingreso: 1/09/05).

- Instituto Nacional de Estadística 2001 “Cálculo del Indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas en Bolivia 1992 y 2001” en <www.ine.gov.bo/pdf/Metodologias2004/NBI.doc>.
- Klein, Herbert 1997 *Historia de Bolivia* (La Paz: La Juventud).
- Larson, Brooke 2000 *Cochabamba: (re)construcción de una historia* (Cochabamba: CESU).
- Laserna, Roberto; Cortés, Jorge; Ledo, Carmen; Ramírez, Alejandra y Valdivieso, Roberto 1995 *Sostenibilidad y desarrollo humano* (Cochabamba: Los amigos del libro).
- Levitt, Peggy 2001 *The transnational villagers* (Los Ángeles: California University Press).
- Los Tiempos* 2005 (Cochabamba) 10 de abril.
- Murra, John 1987 “El archipiélago vertical revisitado” en Condarco, Ramiro y Murra, John *La teoría de la complementariedad vertical-ecosimbiótica* (La Paz: Hisbol).
- PNUD 1998 Informe Nacional de Desarrollo Humano (La Paz: PNUD/Plural).
- Pries, Ludger 1999 “La migración internacional en tiempos de globalización” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N°164.
- Rivero, Alvaro s/f “Recorridos de movilidad y procesos de territorialización de los migrantes internacionales latinoamericanos: Comparación México-Bolivia. (Caso del municipio de Toco, Cochabamba)” Tesis de Maestría en preparación (Cochabamba).
- Shao, Stephen 1976 *Estadística para administradores de empresas* (México D.F.: McGraw Hill).
- Soria, Hans 2007 “Clima y pagas afectan al 50% de durazneros”, en *Los Tiempos* (Cochabamba). 11/3/2007.
- Wachtel, Nathan 1976 *Sociedad e ideología* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos).

ENTREVISTAS

- Entrevista a Amurrio Casiano, Morador de Arbieto, ex Candidato a la Presidencia de la República y líder de la Tercera Edad en su región y el país, Cochabamba, 2 de agosto de 2005.
- Entrevista a Primitivo Sánchez, Morador de Villa Verde, trabajador de la construcción en los Estados Unidos de Norteamérica, Mamanaca, 4 de agosto de 2005.
- Entrevista a Emiliano Moya, Morador de Villa Verde, fundador de ASPAVAL, Villa Verde, 2 de agosto de 2005.

- Entrevista a Inés Moya, Moradora de Arbiето, productora de durazno, 14 de abril de 2005.
- Entrevista a Diógenes Escóbar, Morador de Arbiето, trabajador de la construcción en los Estados Unidos de Norteamérica, productor de durazno, Arbiето, 2 de agosto de 2005.
- Entrevista a Ana María Guarachi, Moradora de Villa Mercedes, productora de durazno, 30 de marzo de 2005.
- Entrevista a Sebastián Miranda y Juana Miranda, Moradores de Santa Rosa, productores de maíz, Santa Rosa, 1 y 2 de julio de 2005.
- Entrevista a Octavio Córdova, Morador de Santa Rosa, productor de durazno, Santa Rosa, 20 de junio de 2005.
- Entrevista a Román Belmonte, Morador de Arbiето, Concejal y productor de durazno Korimayu, 4 de agosto de 2005.
- Entrevista a Abraham Soto, (Morador de Villa Verde, productor de durazno), Villa Verde, 9 de agosto de 2005.
- Entrevista a Abdón Sejas, Morador de Santa Rosa, productor de durazno, La Angostura, 9 de agosto de 2005.
- Entrevista a Joaquín Zubieta, Morador de San Antonio Texas, Mecánico, Cochabamba, 6 de julio de 2005.
- Entrevista a Informante Anónimo, Morador de Arbiето, Arbiето, 4 de agosto de 2005.
- Entrevista a Informante Anónimo, Morador de Arbiето, Arbiето, 9 de septiembre de 2005.
- Entrevista a Marcelino Becerra, Morador de Arbiето, trabaja como construcción en los Estados Unidos de Norteamérica, productor de durazno, Arbiето, 8 de febrero de 2005.
- Entrevista a Abdón Linares, Morador de Villa Verde, Secretario de ASPAVAL, La Angostura, 29 de julio de 2005.
- Entrevista a Elias Mamani, Morador de Mamanaca, productor de durazno, Mamanaca, 3 de marzo de 2005.
- Entrevista a La Loma, estudiante de Colegio, Tarata, 9 de agosto de 2005.
- Entrevista a Carlos Andia, Morador de Arbiето, estudiante de colegio. Arbiето, 11 de noviembre de 2005.
- Entrevista a Hermógenes Soto, Morador de Arbiето, estudiante de colegio. Arbiето, 11 de noviembre de 2005.